

VII REUNIÓN INTERNACIONAL AVANCES EN MEDICINA 1999

Sábado 20 de Febrero de 1999

La violencia intrafamiliar, una aproximación sociológica

Dr. David Velasco Yáñez, sj

Investigador del Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO

Una campaña contra la violencia intrafamiliar dice lo siguiente:

QUÍTATE LA VENDA VIOLENCIA INTRAFAMILIAR ES CUANDO:

- Tu pareja te grita o golpea
- Un miembro de tu familia te obliga a tener relaciones sexuales
- En tu casa, controlan tu comportamiento por medio de amenazas o chantajes
- Tus papás, herman@s u otr@s parientes te humillan o se burlan de ti frente a tus amistades
- Tu compañer@ te prohíbe ver a tus amistades, salir de casa o ir a trabajar
- No proporcionas alimentación, vivienda, vestido y protección a tus hijos
- No das a un familiar, anciano o con discapacidad, los cuidados que exige su condición física
- Eres indiferente o no demuestras afecto a tu familia

¿QUE PODEMOS HACER?.....

La VIOLENCIA INTRAFAMILIAR es un problema de tod@s...

- La Violencia intrafamiliar se pasa de una generación a otra
- La Violencia en el hogar provoca la continuación de la violencia en la calle
- La Violencia Intrafamiliar es un crimen contra la sociedad y afecta nuestra calidad de vida

ABRIENDO CAMINOS PARA TERMINAR CON LA VIOLENCIA INTRAFAMILIAR:

- Como primer paso, se formó el Colectivo VOCES UNIDAS, del cual el ITESO forma parte
- VOCES UNIDAS, en este proyecto, tiene como misión construir relaciones equitativas entre hombres y mujeres, dentro y fuera del hogar.
- El primer objetivo de VOCES UNIDAS es presentar un proyecto legislativo al Congreso del Estado para prevenir, sancionar y erradicar la Violencia Intrafamiliar en Jalisco.

¡¡¡TU TAMBIEN PUEDES PARTICIPAR EN ESTE PROYECTO EN BIEN DE TOD@S!!!!

Si observamos con atención, cada una de las situaciones señaladas, nos presenta una cierta representación de lo que es la "violencia intrafamiliar" y, al

parecer, todos estaríamos de acuerdo en que tal tipo de violencia se expresa de esa manera. Para muchos, esa descripción se presenta como el punto de partida para mover a una acción concreta. Una de ellas, es la promoción de una iniciativa de ley que prevenga y sancione esta forma de violencia, cada vez más cruel y más frecuente.

Sin embargo, para las ciencias sociales, en particular para la sociología, la política o, incluso las ciencias penales o la criminalística, esa visión no deja de ser una visión incompleta, sólo porque prescinde de dos aspectos fundamentales. Una, la génesis social de ese tipo de comportamientos y, dos, las condiciones sociales, económicas, políticas y culturales, que producen comportamientos espontáneamente clasificados como “violencia intrafamiliar”. Por ejemplo, decir que “la violencia en el hogar provoca la continuación de la violencia en la calle”, o que “la Violencia Intrafamiliar es un crimen contra la sociedad y afecta nuestra calidad de vida”, cuando más bien es al revés: La violencia intrafamiliar es la expresión extrema de la violencia de la calle y un crimen de la sociedad contra la familia.

1. QUÍTATE LA VENDA... MENTAL!!

Así reza uno de los eslógans de la campaña contra la violencia intrafamiliar: “quítate la venda”. El problema es que nadie de los aquí presentes tiene puesta una venda. Al parecer todos tienen sus ojos, algunos usamos lentes. Y sin embargo, no vemos lo que provisionalmente podríamos llamar “las causas estructurales de la violencia intrafamiliar”. El problema que denuncia la campaña, es que ni siquiera queremos ver los hechos aparentes que se nos muestran como “violencia intrafamiliar”. Hay una dificultad mental para mirar en profundidad, y también en la superficie de los fenómenos señalados. Y con mental, no quiero aludir a ninguna causa de tipo psicológico, sino eminentemente epistemológico. Hay una obstáculo epistemológico para acercarnos a lo que realmente ocurre tras las apariencias de una violencia que hace víctimas a los miembros más débiles de la familia, las mujeres, los niños y los ancianos. Pero también hace víctima al victimario, como veremos.

La campaña invita a quitarse una venda que tiene que ver más con la voluntad, con el deseo de mantener oculta una realidad, con la actitud mayoritaria de “no querer ver” una situación lastimosa y aberrante, cruel en extremo por ocurrir en el círculo pequeño de los “seres queridos”, en la unidad doméstica, en la célula básica de la sociedad, en la primera instancia de socialización. Reconociendo, además, que el sólo concepto de “familia” habría que discutirlo, puesto que la realidad concreta, ya no está correspondiendo a su noción tradicional. Fenómenos como la migración, el divorcio, las mujeres jefas de familia, ancianos y discapacitados, modifican enormemente el entorno “clásico” de la familia.

Una visión en profundidad, un esbozo de “sociología de esa forma de violencia que ocurre en las familias”, mostraría que la realidad es mucho más compleja y para muestra un botón: de quienes están aquí reunidos, pasen revista a su “familia” (con todo lo relativo que puede tener el concepto), quienes tienen hijos pequeños, o tienen algún anciano viviendo con ustedes, o son casados(as), ¿qué hacen cuando tienen que decir “no”? ¿Qué ocurre cuando no hay acuerdos, cuando hay planes diferentes?

La pongo todavía más fácil: cuando se reúnen frente a la tele (esa intrusa que cada vez nos gobierna más), ¿quién maneja el control, o se dedica a ‘zipear’ o impone su programa favorito? Sin ir demasiado lejos: los signos desaprobatorios y todo el lenguaje corporal y el mismo uso del cuerpo. Los ejemplos los podría extender hasta llegar a ejemplos de la vida íntima, sólo para lanzar provocadoramente la frase evangélica: “quien crea estar libre de ‘violencia intrafamiliar’, que tire la primera piedra”. ¿Por qué? Vamos por pasos.

2. RUPTURA CON DOS TIPOS DE PRECONSTRUCCIONES

Que un sociólogo, o cientista social, hable en un foro sobre la violencia intrafamiliar y se dirija a un público mayoritariamente formado por psicólogos, no es un hecho sencillo. Entre otras cosas porque tiende a expresar las dificultades históricas para el buen entendimiento entre la sociología y la psicología. Dos

disciplinas que, históricamente, se desprendieron y se autonomizaron de la filosofía y que, entre ellas, no siempre ha habido un diálogo que las enriquezca a ambas, esfuerzo que, desde la psicología social se intenta con resultados muy prometedores. Y desde la sociología de la sociología o socioanálisis, que es una sociología del sociólogo, también hay ambiciones científicas no menos encomiables. Sin embargo, no deja de haber algo de violencia en estos diálogos.

Los psicólogos han tenido un desarrollo muy importante y de una enorme pluralidad. No me voy a meter ni a sus orígenes ni a la diversidad de tradiciones, escuelas y “padres fundadores”. Sólo quiero mencionar que el avance de la psicología como ciencia autónoma ha sido muy parecido al desarrollo de otras ciencias. Es decir, se ha dado en medio de batallas y luchas en el campo de la ciencia. Han sido esas batallas las que han favorecido su propia autonomía como ciencia, pero también lo que la han aproximado, de nueva cuenta, a un ejercicio interdisciplinar, como de hecho podrían ser todas las corrientes llamadas por el sentido común científico, como “psicología social”, algo así como la pariente cercana de la sociología.

Sin entrar a detallar las variadas formas de aproximación a la realidad de la violencia intrafamiliar, las diversas escuelas de la psicología tienen sus propias explicaciones y, por tanto, tienen sus propios debates para plantear una serie de causalidades que tienen como común denominador, los aspectos propiamente psíquicos o psicológicos de los individuos o de las familias. Se deja de lado, a veces de manera deliberada, toda consideración que aluda a factores externos a la vida de los individuos y de las familias, como pueden ser fenómenos como la globalización, el neoliberalismo, los diversos efectos de las crisis financieras, desde el tequila hasta la zamba, pasando por el vodka. El desempleo o la quiebra de la empresa familiar, por ejemplo, pareciera que no tienen nada que ver con posibles expresiones de violencia intrafamiliar.

Una primera reducción con la que habría que romper, es la que separa víctimas y culpables en el seno mismo de la familia y todo lo reduce al comportamiento más o menos enfermizo de uno de los miembros. Y se pueden construir modelos

teóricos muy coherentes, pero que fallan al considerar la unidad familiar como una realidad separada de su entorno social.

Es posible que algunas explicaciones de la violencia intrafamiliar caigan en esa reducción y que no necesariamente la mayoría de ellas tengan fuertes componentes psicológicos.

Pero una segunda reducción puede caer en peores simplificaciones, al relacionar casi de manera mecánica la realidad de la violencia intrafamiliar como efecto directo de problemas económicos, sociales, culturales o políticos.

En la primera reducción, se privilegia al sujeto y se prescinde de las estructuras sociales. En el segundo, se anula al sujeto. En una y otra reducción, como lo podemos suponer, la violencia intrafamiliar, y aun el mismo nombre, no quedan suficientemente caracterizadas como problema social, resultado del conjunto de los dinamismos sociales y, por tanto, cuyas soluciones, tienen que provenir de los mismos dinamismos sociales. Es decir, lo que la realidad social ha producido, la misma realidad social tiene las herramientas para resolverlo, a condición de comprender la realidad llamada "violencia intrafamiliar" en su complejidad profunda, gracias a los múltiples aportes de las ciencias sociales, como la psicología en diálogo con la sociología, antropología, etnología.

3. LA CONSTRUCCIÓN DEL CONCEPTO DE "VIOLENCIA INTRAFAMILIAR"

No es nuestro interés cuestionar la expresión, sino la representación que nos hacemos de ella. Doy por supuesto que los psicólogos la piensan de una manera y que los sociólogos la pensamos de otra. En una y otra ciencia, habría que hacer el mismo esfuerzo de construcción del modelo teórico que nos permita una comprensión más precisa de la realidad que queremos expresar como "violencia intrafamiliar". El modelo teórico no es precisamente la construcción especulativa resultado de un agrupamiento de teorías y corrientes de opinión. Ni es siquiera un pleonasma con la realidad. Pienso más bien el modelo teórico, como el conjunto de relaciones objetivas en las que se encuentran víctimas y culpables

de eso que se ha dado en llamar la "violencia intrafamiliar". La diferencia radica en una manera de pensar en términos de relaciones y no de sustancias separadas y autónomas, en las que se podría tratar diferente a las víctimas y a los victimarios, literalmente así como se oye, en femenino y masculino.

Para muchos científicos sociales, el fenómeno que comentamos ha ido tomando cada vez más interés, no sólo por la multiplicación de los hechos, en particular por el significativo aumento del maltrato a los niños o el suicidio de menores de edad, o el número cada vez mayor de familias con mujeres a la cabeza o, en general, la diversificación del concepto mismo de familia que pasa de ser papá, mamá e hijos, al del grupo que comparte techo y comida. Para las diversas corrientes y tradiciones sociológicas, las explicaciones también van a variar y sus hipótesis quedarán con la marca de origen, ya sean empiristas, positivistas, individualistas metodológicos, etnológicas, etc. Como en psicología, algo parecido ocurre en la sociología.

En mi particular caso, me ubico en la propuesta sociológica de Pierre Bourdieu, una de las experiencias de práctica sociológica más interesantes y enriquecedoras en el panorama actual de las ciencias sociales. Desde ahí, propongo algunos elementos para la comprensión en profundidad de eso que venimos llamando "violencia intrafamiliar".

4. NECESIDAD DE SUPERAR EL INDIVIDUALISMO Y EL ESTRUCTURALISMO

Una primera aproximación al hecho social debiera considerar que los casos concretos que se analicen, no se distribuyen socialmente de manera arbitraria, sino que siguen determinadas condiciones sociales, no necesariamente reducibles a una sola variable, la de las condiciones económicas, por ejemplo. Una visión ingenua del problema, fácilmente podría señalar que éste se presenta mayoritaria y aun masivamente entre los pobres. No necesariamente. En Chile, en los últimos años, el fenómeno de los suicidios de adolescentes, se daba mayoritariamente en los sectores altos. (Menciono el caso de Chile, en parte porque viví cuatro años por allá, pero a propósito del maltrato a menores, varios

estudios realizados destacaban a este país como un país líder en este problema social y que estaba provocando escándalos diversos).

Una aproximación genético estructural considera el estudio de varios casos, algunas estadísticas, observaciones etnográficas y otras herramientas de las ciencias sociales para mostrar una relación estrecha entre diversas formas de violencia que nos hace recordar la fórmula de Bourdieu, parafraseando una ley de la física acerca de una "ley de la conservación de la violencia: la violencia no se crea ni desaparece, sólo se transforma".

Hay la violencia física. Pero hay una violencia suave, invisible y casi imperceptible, que Bourdieu llama "violencia simbólica". Muestras de la primera nos sobran y, precisamente, la violencia intrafamiliar comprendida sólo como expresiones de violencia física, es llegar demasiado tarde, porque antes, ocurrieron mil formas de violencia simbólica, entre las que destaca de manera paradigmática, la dominación masculina. La violencia física en la familia no es sólo el golpe, el abuso sexual u otras formas de infligir daño corporal. La agresión verbal, los gritos, las ofensas hirientes, las burlas y otras formas enunciadas aun en la propaganda que citamos al principio, son otras tantas formas de violencia física. La violencia simbólica tiene muchas expresiones y las que ocurren en el seno de la familia, por la dominación masculina, son la institucionalización y la inculcación de disposiciones para la dominación y para la sumisión.

Si asumimos una concepción de individualidad, no contrapuesta a socialidad, sino la de individuos socializados, entonces nos enfrentamos a la realidad de un espacio social en donde los agentes individuales luchan cotidianamente por la conservación o por la subversión de las posiciones actualmente ocupadas. Para la gran mayoría de los mexicanos, esa lucha cotidiana es sólo la expresión de una lucha por la sobrevivencia, sobre todo cuando los más recientes informes de organismos internacionales como el Banco Mundial, nos señalan que el 85% de la población vive debajo de la línea de la pobreza. Este sólo dato ya nos hace violencia de todos tipos, de indignación y de reforzamiento de la necesidad de

comprender las causas estructurales que han producido esa masa enorme de pobres.

Hay **tres grandes mercados** que producen brutales y crueles violencias suaves, imperceptibles: el mercado laboral, el mercado escolar y el mercado de la vivienda. Las políticas de ajuste que se vienen implementando en México desde hace ya más de quince años, han arrojado a la economía informal a millones de trabajadores, han desaparecido a las clases medias emergentes y han concentrado de manera brutal la riqueza. Aparte de que el mercado laboral se ha reducido, hay una incapacidad estructural para satisfacer la demanda de casi un millón de empleos anuales, por la cantidad de jóvenes que llegan a los 18 años y que se suman a los empleos no creados en años anteriores.

A esta brutal exclusión del mercado laboral, hay que agregar otra violencia no menos cruel y es la que se refiere a la disminución del poder adquisitivo del salario, cada vez más pequeño y que ajusta cada vez para menos cosas. Dependiendo del año con que se compare, puede haber variaciones en los porcentajes, pero la realidad más violenta es la siguiente: hace 20 años bastaba un empleo para el mantenimiento de una familia de 5 miembros en promedio; hoy, no ajustan el empleo de tres miembros de la familia para mantener el mismo nivel de vida.

El mercado laboral y sus múltiples violencias nos golpea con esta situación: en México hoy, hay más pobres que ayer y los pobres de hoy, son más pobres que los pobres de ayer. Algo parecido podemos afirmar respecto de los sectores de mayor ingreso, pero en sentido inverso: los ricos de México son cada vez menos, pero más ricos.

La exclusión del mercado laboral, la disminución de la capacidad de compra y la concentración de la riqueza en pocas manos, son una de las más brutales formas de violencia simbólica. Pero no es la única.

El mercado escolar hace lo suyo. Uno de los principales aportes de la sociología

de la educación consiste en afirmar que la escuela está hecha para excluir a los menos dotados de capital escolar y para ir seleccionando a los que, con el tiempo, formarán parte de la “nobleza de Estado”. La expansión de la matrícula, especialmente de la educación básica (primaria y secundaria) no es garantía de que quienes ingresan al primer año de primaria, van a terminar sus estudios de secundaria y, todavía más, llegan a la educación superior, en sus diversas modalidades. La deserción escolar es considerada como otra de las expresiones de la pobreza. A reserva de hacer análisis más finos al respecto, lo cierto es que la escuela expulsa a los menos dotados culturalmente, es decir, a los hijos de quienes, en su tiempo, tampoco terminaron su educación básica. Y estas exclusiones son también una expresión de la violencia simbólica. No se ve, no se percibe como tal, pero genera las formas físicas de la violencia, o contra otros miembros de la familia, o del barrio o de otros sectores sociales. El debate actual sobre el aumento de las cuotas en la UNAM es sólo la punta del iceberg de una tendencia estructural a marginar a los menos dotados y a desaparecer las universidades masivas. Calidad en lugar de cantidad, dicen los que justifican estas medidas.

Finalmente, el mercado de la vivienda, con toda la complejidad de sus mecanismos y de su génesis desde las movimientos de migración hacia las grandes ciudades, expresa formas suaves de violencia que son el germen de violencias de otro tipo. La ciudad, más allá del concepto que nos hagamos de ella, no es sino la configuración física del ejercicio de la violencia simbólica que puede llegar a tener expresiones de violencia física, como cuando hay desalojos violentos de predios supuestamente diseñados para usos de vivienda residencial. Uno de los casos más curiosos, y violentos, se dan en el Cerro del 4, el espacio con la mejor vista de la ciudad y, sin embargo, habitado por familias pobres venidas del centro de la ciudad y de otros lugares de Jalisco, Zacatecas y Michoacán. La no satisfacción de más de 400 mil viviendas en la ZMG, como en el resto del país, genera el hacinamiento, una entre muchas otras, de las causas de violencia intrafamiliar, en especial las que se refieren al abuso sexual. La intimidación del cuarto propio es privilegio de unos cuantos.

Uno de los rasgos comunes de estos tres mercados, no es sólo que son expresiones de la violencia simbólica, sino que en cada uno de ellos, hay una lucha, una competencia, en ocasiones, a muerte. Por eso, no deja de llamar la atención que un Informe sobre Desarrollo Humano, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, simplemente hable de las innumerables “víctimas” de los mercados y de la necesidad de atenderlas. Pueden consultar el informe correspondiente al año de 1993. Las “víctimas” de los mercados. No se si para entonces ya se hablaba de la violencia intrafamiliar. En ese informe sólo se habla de las “víctimas” de una lucha a muerte que implica todo mercado.

El “mercado es cruel” llegó a decir don Patricio Aylwin, expresidente chileno. Tenía ante sí no sólo el país que produjo la dictadura durante 17 años, sino el país que dirigió durante los siguientes 4 años y al que se sigue mostrando como el modelo de economía “sana”, ahí donde se implementó por la fuerza el modelo neoliberal, el productor de pobres cada vez más pobres y cada vez más numerosos y al que algunos estudiosos chilenos señalan como uno de los países campeones en el maltrato infantil y donde los índices de estrés y depresión han ido en aumento. Parecería que el crecimiento sostenido de la economía chilena en más del 7% durante más de diez años, tiene un costo humano en la elevación del % de la población que padece estrés, depresión, diversas formas de insomnio, por no señalar las formas brutales de violencia intrafamiliar o de violencia en los estadios chilenos de fútbol.

5. La violencia simbólica como anterior y en la base de la violencia intrafamiliar.

A la luz de las consideraciones anteriores, no es difícil ver en el rostro triste y melancólico de un niño maltratado, de una mujer golpeada brutalmente o de un hombre que abusa sexualmente de casi todos los miembros de su familia, un entramado de relaciones objetivas que expresan las violencias cotidianas del mundo social. Víctimas y culpables son categorías que habría que superar sólo para dramatizar la violencia que no se considera como tal y, por tanto, es simbólica, pero no por ello menos real, de un mundo social que ha producido nuevas formas de sufrimiento humano y que Bourdieu simplemente llama “la

miseria del mundo”.

Antes de explicar algunos rasgos característicos de la violencia simbólica, quisiera formular una hipótesis general que podría ayudarnos a comprender la complejidad de la violencia intrafamiliar, en particular, la transformación del padre amoroso y proveedor, esposo fiel y comprensivo, en el irritable golpeador de prácticamente todos los miembros de la familia o, en el extremo, el violador de todos ellos.

La situación crítica del país está generando, desde hace ya varios años (¿desde la crisis del petróleo en los años 76-78?), fuertes dosis de indignación y de impotencia; la cultura política que heredamos inhibe formas de organización y de protesta, pero, además, el aumento de la represión, su diversificación sistemática y selectiva, la desaparición y asesinato de luchadores sociales y aun el hostigamiento permanente a miembros de diversas ONG's defensoras de los derechos humanos, inhiben la protesta masiva y organizada. Todavía más, la así llamada “inseguridad pública”, no es sino una política de Estado para imponer el miedo y el terror en la gente; el crimen organizado, en México, no es sino la colusión de funcionarios públicos de alto y mediano nivel. De esta manera, se logra desactivar posibles estallidos sociales de violencia, disturbios y otros. Cuando todo esto ocurre, la gente no tiene canales de expresión de su indignación y su descontento y sólo le queda una vía: ejercer su violencia reprimida socialmente, al interior del seno familiar, con los más débiles especialmente: los niños, las mujeres y los ancianos. Sin dejar de mencionar que también ocurre en otras formas de violencia, aparentemente menos violentas o crueles, y que son enfermedades psicosomáticas como el estrés, o los “nervios” como mucha gente la llama, el insomnio, la irritabilidad, la depresión; pero también el alcoholismo y la drogadicción.

La génesis del concepto de “violencia simbólica”, Pierre Bourdieu lo ubica en sus estudios de la sociedad kabylia en el norte de Africa. Estamos hablando de estudios de hace más de 30 años. Se trata de un tipo de sociedad que el sociólogo francés llama “androcéntrica”. El estudio de los rituales, de la

disposición de las viviendas y, en su interior, de los diversos espacios, del ciclo agrícola y va encontrando una serie de relaciones y paralelismos con las diferencias de género, hasta dar con lo que llama “la dominación masculina” el paradigma de toda violencia simbólica.

En un artículo de agosto del año pasado, Pierre Bourdieu planteaba de manera radical la cuestión de la “dominación masculina” en los siguientes términos: “La dominación masculina está de tal manera anclada en nuestros inconscientes que no lo percibimos, está de tal manera acordada a nuestras expectativas que hemos debido volver a ponerla en cuestión. Más que nada, es indispensable disolver las evidencias y explorar las estructuras simbólicas del inconsciente androcéntrico que sobrevive en los hombres y en las mujeres. ¿Cuáles son los mecanismos y las instituciones que realizan el trabajo de reproducción del “eterno masculino”? ¿Es posible neutralizarlos para liberar las fuerzas de cambio que ellos (parviennent à entraver)?¹

Desde esta reflexión inicial, podemos considerar que una de las maneras de hacer sociología de la violencia intrafamiliar es partir del hecho aparente, incluso denunciado en la Campaña Quítate la Venda, de que se trata de algo normal, casi podría decirse, que es algo natural. Por esta razón, el punto de partida puede ser demasiado brutal, pero habría que retornar al hecho insoslayable de que la mayoría de las violencias que ocurren en la familia, quedan en familia, es decir, son acalladas, silenciadas. Y este silencio es una de las expresiones más crueles de la violencia simbólica. Por eso Bourdieu llama la atención acerca de que “más sorprendente todavía, es el orden establecido, con sus relaciones de dominación, sus derechos y sus (passe-droits), sus privilegios y sus injusticias, se perpetúe en definitiva tan fácilmente, dejando aparte algunos accidentes históricos, y que las condiciones de existencia más intolerables puedan tan frecuentemente aparecer como aceptables e incluso naturales”.²

¹ Bourdieu, P. “La lutte féministe au coeur des combats politiques”. Le Monde Diplomatique. Agosto 1998, p. 24

² Ib.

Dominación masculina y violencia simbólica van de la mano. Aquélla es efecto de ésta. Bourdieu la llama “ejemplo por excelencia de esta sumisión paradójal, efecto de eso que yo llamo la violencia simbólica, violencia dulce, insensible, invisible para sus víctimas mismas, que se ejerce por lo esencial, por las miradas puramente simbólicas de la comunicación y del conocimiento, o, más precisamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en el límite, del sentimiento”.³

Las relaciones de dominación, por tanto, se dan en todos los ámbitos de la vida social y se imponen desde un estilo de vida, una manera de portar el cuerpo, una manera de vestir, de catalogar a los académicos o no académicos, una manera de hablar, en particular, una pronunciación e, incluso, una manera de clasificar por un dato totalmente arbitrario como es el color de la piel o los rasgos que nos denuncian un origen social o un origen étnico. Y en todos estos aspectos, hay violencia simbólica, por el hecho mismo de la clasificación, la censura, el prejuicio y, en ocasiones, la buena o mala voluntad.

El desafío teórico al que nos invita Bourdieu, es a desmontar los mecanismos por los que la historia se nos presenta como naturaleza y lo arbitrario cultural, como natural. En este sentido, la violencia intrafamiliar, desde la óptica de la violencia simbólica, tiene expresiones muy sutiles, como son los gestos y los silencios, las miradas censuradoras y todo el lenguaje corporal que se orienta hacia la clara socialización de las diferencias de género.

¿Por qué una sociología de la violencia intrafamiliar nos lleva a las diferencias entre los sexos? ¿No será porque, en la mayoría de los casos de esta violencia, los victimarios son hombres y las víctimas son mujeres? De ahí que Bourdieu plantee que “sólo un uso muy particular de la etnología puede permitir realizar el proyecto, sugerido por Virginia Woolf, de objetivar científicamente la operación propiamente mística cuya división entre los sexos, tal como nosotros la conocemos, es el producto, o, en otros términos, tratar el análisis objetivo de una

³ Ib.

sociedad de parte en parte organizada según el principio androcéntrico – la tradición kabyla – como una arqueología objetiva de nuestro inconsciente, es decir, como el instrumento de un verdadero socioanálisis”.⁴

Nos encontramos así, ante la necesidad imperiosa de romper con la representación tradicional de la diferencia entre los sexos, como diferencias naturales. Se olvida que las apariencias biológicas y los efectos muy reales que ha producido, en los cuerpos y en los cerebros, un largo trabajo colectivo de socialización de lo biológico y de biologización de lo social se conjugan para invertir la relación entre las causas y los efectos y hacer aparecer una construcción social naturalizada (los ‘géneros’ en tanto que habitus sexuados) como el fundamento natural de la división arbitraria que está en el principio y de la realidad y de la representación de la realidad, y que se impone frecuentemente a la investigación misma.

No es difícil, por tanto, evitando este ejercicio sociológico, caer en los lugares comunes de la lucha entre los sexos, en nuestra representación tradicional del machismo o en la justificación de las luchas feministas a ultranza. Lugares comunes que identifican lo típicamente masculino y lo distinguen de lo típicamente femenino; fuerza y agresividad de un lado y ternura y sentimentalismo del otro. De ahí, a la clasificación en la violencia intrafamiliar, hay sólo un paso para colocar a los hombres entre los victimarios y a las mujeres entre las víctimas. Esta visión analítica consagra y, además, eterniza, una representación conservadora de la relación entre los sexos, aquella que condensa el mito del “eterno femenino”.

La modificación de la relación de fuerzas materiales y simbólicas entre los sexos, depende en buena medida de una revolución en las mentes y, en particular, en las mentes de las mujeres, víctimas mayoritarias de la violencia intrafamiliar. Como señala Pierre Bourdieu en el artículo que comentamos, “si es verdad que el principio de la perpetuación de esta relación de dominación no reside

⁴ Ib.

verdaderamente o, en todo caso, principalmente – en uno de los lugares más visibles de su ejercicio, es decir, en el seno de la unidad doméstica, sobre la cual un cierto discurso feminista ha concentrado todas sus miradas, pero en instancias tales como la Escuela o el Estado, lugares de elaboración y de imposición de principios de dominación que se ejercen en el seno mismo del universo más privado, es un campo de acción inmensa que se encuentra abierto a las luchas feministas, así llamadas a tomar un lugar original, y bien asegurado, en el seno de las luchas políticas contra todas las formas de dominación”.⁵

⁵ Ib. Final del artículo